

Irene

Había sobrepasado hacía algún tiempo los treinta y lucía la espléndida madurez que alcanzan algunas mujeres a esa edad. Se mostraba segura de sí misma y tan independiente que a veces parecía un poco distante. Tenía la inteligencia más precisa, aquella que permite sacarle el máximo partido a la vida. Con el tiempo, se había liberado de algunos prejuicios que arrastraba, herencia de una educación excesivamente conservadora, aunque su mayor liberación fue separarse de su marido, un error de juventud llamado Arturo que terminó envenenándole el corazón y robándole la sonrisa. A veces creía que las historias que más le duraban eran justo las que menos le convenían. Había aprendido a exprimir cada instante porque decía que la felicidad es siempre un tiempo demasiado breve.

Irene Rivas era la propietaria de la librería Alejandría, un negocio heredado de su padre y que ella mantenía con el mismo espíritu que su progenitor había querido darle. Aquella librería era un espacio acogedor, de techos muy altos con paredes interminables forradas de libros que se dejaban leer, acariciar y mirar. Un lugar que permitía organizar improvisadas tertulias al grupo incondicional de clientes que se reunía cada tarde en la vieja Alejandría, instalada en el Coso, en el centro de la ciudad. Irene Rivas se había negado a introducir la sección de papelería o la venta de prensa y de coleccionables que ofrecen en fascículos los objetos más impensables: muñecas, relojes, películas, botellas de vino, sacacorchos, dedos, casitas de muñecas, maquetas de coches... Entendida así, la librería no era un negocio rentable, pero a Irene no le importaba

demasiado que no produjera ganancias. Era abogada y tenía el suficiente prestigio profesional y un volumen considerable de trabajo en el despacho que compartía con otros dos abogados –Gascón, Torres y Rivas, se llamaba el bufete– como para poder mantener la librería abierta.

En realidad, quien se ocupaba de la librería era Fran, un antiguo alumno de la Facultad, un joven brillante, que prefirió la compañía silenciosa y cálida de los libros a la incertidumbre de unas oposiciones que, en caso de aprobarlas, le condenarían a un forzoso exilio. Y si algo no podría soportar Fran era vivir lejos de Huesca.

Yo era uno de los clientes habituales. Conocía a Fran desde que frecuentaba las aulas de la Universidad. Quizá por eso, me parecía que cuando me acercaba a la librería, él me colmaba de atenciones. Además, Fran hacía su trabajo tan concienzudamente que rayaba en la obstinación. Jamás renunciaba a encontrar un libro que le solicitaran, aunque el encargo fuera una especie de quimera. Lo esencial de su teoría la resumía en una frase: un libro siempre deja un rastro por donde ha pasado.

Conocía cada uno de los rincones de Internet en los que se podía obtener información sobre libros descatalogados, desaparecidos, proscritos, sepultados y silenciados. Trataba a libreros de viejo, recicladores con pocos escrúpulos bibliográficos, mozos de almacén, impresores, trapeeros... un tupido entramado de gentes relacionadas con el libro.

—Deberíamos formar una asociación –decía entre indignado y divertido—. Se llamaría, por ejemplo, “Los lectores de la plaza de mayo” o “Amantes del libro sin fronteras”. Y nos manifestaríamos bajo el lema “¿Dónde están nuestros libros?”.

Era un sabueso que seguía el rastro dejado por los libros en los sótanos de las instituciones que, a veces, editan libros para tenerlos luego secuestrados en oscuros zulos, o en los almacenes de las distribuidoras.

—Ya sé dónde fue visto por última vez –me decía sonriente nada más traspasar la puerta de la librería.

Entonces yo sabía que no tardaría en entregarme el último encargo que le había encomendado.

La librería Alejandría estaba llena de encantos y de alicientes y, para mí, el más importante, el detalle que me convirtió en un incondicional, era la sensación de libertad que incluso el visitante ocasional experimentaba entre aquellas estanterías repletas de libros. La librería de Irene Rivas era uno de esos lugares –tan raros– en los que jamás te preguntaban qué deseabas o qué te había llevado hasta allí. Cuando entrabas en la tienda eras libre de ir y venir entre libros y de salir cuando quisieras, sin estar obligado a comprar, sin que te sintieras culpable por no hacerlo.

Desde poco tiempo después de llegar a la ciudad me acostumbré a pasar por la librería los martes por la tarde, al terminar mi última clase. La remota promesa de encontrar un texto valioso entre tantos volúmenes, el olor a papel y a tinta aún fresca se convirtieron en una especie de adicción a la que cada vez me era más difícil resistirme. Llegaba allí sin más propósito que ojear algún libro y conversar un rato con Fran o con alguno de los parroquianos que frecuentaban la librería. Muchos días coincidía con Víctor Lancina, escritor y periodista, republicano militante, impulsor de campañas justas, un bibliófilo empedernido y fino coleccionista de libros antiguos. Como no hay nadie perfecto, también le gustaban los toros y aunque no presumía de ello, tampoco lo ocultaba. Además, tenía otra habilidad reconocida públicamente: era un cocinero excelente, como pude comprobar en muchas ocasiones, un cocinero de esos que disfrutaban contando la historia de cada plato, que hacen de cada receta un ejercicio permanente de inteligencia y de humanidad. Y fue precisamente él quien, hace dos años, una de esas tardes amables que aún nos regala el otoño, me presentó a Irene.